

cha formidable, venía devorando el espacio y allanando la barranca. Piedras enormes rodaban al empuje del torrente y quedaban medio inclinadas sobre las inmóviles, soportando aquel mundo de agua que pasaba sobre ellas.

Bastaron unos cuantos momentos para que la corriente llenara todo el vacío de la barranca, y bastó otro instante para que inmensas olas, como montañas movedizas, proyectaran en medio de la obscuridad, una serie de curvas vertiginosas, que se sucedían unas á otras, como si una serpiente gigantesca, se viniera arrastrando con furia infernal sobre las montañas.

Un ruido formidable, el ruido de la destrucción, llenaba el espacio; y como si las nubes hubieran estado esperando solo aquel momento, se deshicieron en torrentes de lluvia, aumentando el estrépito que cundía por todas partes, y parecía que aquel diluvio había de ser el destino final de aquellas comarcas solitarias.



## CAPÍTULO V.

DE LO QUE PASÓ DESPUÉS DEL CAREO.



pocos momentos de haber salido Gómez de la habitación en que se verificó el careo, las autoridades se vieron unas á otras y comenzaron á participarse sus escrúpulos y sus temores.

Don Nestor fué el primero en tomar la palabra y habló en estos términos:

—Yo no estoy conforme en este asunto, me parece que aquí hay gato encerrado, y á pesar de la fé del señor don Carlos en la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, N.M.



honradez del tal Gómez, apostaría doble á sencillo á que el tal mayordomo puede haber sido bueno alguna vez; pero lo que es ahora me parece que es criminal.

—A mí me ha parecido lo mismo, dijo el yerno de don Nestor; pero como he visto el empeño del señor don Carlos en este asunto, me parece que es negocio de sobreseer sin más fundamento que las consideraciones personales.

—La justicia, repuso uno, no debe ceder á esas consideraciones.

—¡Cabal que no! dijo otro.

—Por mi parte, seguiría el proceso.

—Al menos, dijo el yerno de don Nestor, es necesario observar á Gómez.

—Yo lo tengo bien visto, dijo don Nestor, y nunca me he equivocado, tiene ese hombre mala cara.

—¿Pues qué les parece á ustedes que hagamos?

—La cosa es grave.

—Y luego, agregó otro bajando mucho la voz, que hay una circunstancia, de que

ni siquiera se ha hecho mención en la causa.

—¿Qué circunstancia?

—La de que la reo tiene una grande intimidad con la señora doña Refugio.

—La señora doña Refugio, agregó el yerno de don Nestor, es otra de las personas que no me inspiran mucha confianza.

—Es que, esa señora es una buena cristiana y tiene la mejor reputación del mundo.

—Por lo menos, dicen que ha hecho grandes donaciones piadosas y que, sin ir muy lejos, la capilla de la hacienda le debe muchos regalos de consideración.

—¡Ríase usted! ¡ríase usted!, interrumpió una de las autoridades, de las gentes «que son así», quiero decir, de las devotas; yo he conocido devotas malas como la piel de Judas, y no sería la primera santa á quien no me sorprendería ver metida en los mas malos negocios que puedan ustedes imaginarse.

—¿Saben ustedes quién conoce bastante á doña Refugio?

—¿Quién?



—Angulo, el varillero.

—Ese conoce á todo el mundo.

—Ya se ve, es hombre que ha recorrido toda la república con su cajón á las espaldas.

—Será bueno preguntarle á Angulo.

—¿Ahí está?

—Sí, lo acabo de ver en el patio, hablando con una de las criadas de la casa.

—Sería bueno llamarlo.

—Sí, sin duda aquí podemos verlo.

Y el que tal decía abrió una vidriera que daba vista al patio.

—Véanlo ustedes, continuó, está hablando nada menos que con Gómez; ¡eh! ¡qué tal! ¿no les parece á ustedes esto muy sospechoso?

—A mí, no: dijo don Nestor, no hay cosa mas natural que un varillero entable conversación con todo el mundo, supuesto que de ese trato continuo y de un charlar incesante, depende el buen resultado de su comercio.

—Yo creo que don Nestor tiene razón.

—Al menos, se puede juzgar desde aquí que lo que están tratando son asuntos de comercio; véanlo ustedes, ahora le está enseñando á Gómez unas mancuernas.

—Eso es.

—Y ahora le enseña unos lapiceros, ó cosa por ese estilo.

—¡Vaya! exclamó otro, son ustedes demasiado maliciosos, está comprando, acaba de dar dinero al varillero.

—Efectivamente, y Gómez se guardó algo en la bolsa.

—Ya se separaron.

—Bueno.

—¿Y la presa dónde está?

—En la pieza inmediata.

—Opino, dijo don Nestor, que sería conveniente, por sí ó por nó, no permitir por ahora que Gómez y Salomé se comuniquen.

—Sí; en todo caso es una precaución que no está de más.

—¡Angulo! gritó uno de los concurrentes.

Angulo volvió la cara hacia el punto de



donde había salido la voz, y avanzó en seguida.

—¿Alguna cosita de mercería, niños? unas tijeras, un cortaplumas muy fino con cuatro hojas y limpia-uñas, unas mancuernillas para camisa, un juego de botones, plumas de acero, cigarreras muy elegantes.

—No, no; nada por ahora.

—Una botella de agua florida legítima, un par de aretes para la señorita.

—¡No! repitió D. Nestor, es otra cosa lo que necesitamos de usted.

Angulo se quedó pensando y finjía entretanto que arreglaba sus baratijas.

—Necesitamos tener con usted un rato de conversación.

—Estoy para que sus mercedes me manden.

¿Usted conoce á doña Refugio, le preguntó D. Nestor.

¿Qué doña Refugio? ¿la señora de acá...?

—La misma; ¿sabe usted su historia?

—Sí, señor, contestó Angulo, hace muchos años que la conozco.

—¿Es casada? preguntó uno.

—Vea usted, dijo Angulo, en cuanto á que si es casada por la Iglesia, puede ser, pero....

—Lo que usted sepa.

—Pues esta señora doña Refugio, continuó Angulo apoyando su varilla en la esquina de una mesa, es una persona muy recomendable, al menos figura muy en primer término entre las personas de importancia, pero....

—Vamos á ver ese pero.

—No: yo no he dicho nada: y aunque todo lo sé, en nada quiero que perjudique á la señora; que al fin á mí nada me ha hecho y no debo....

—Todo ello no es más que una simple curiosidad: dijo el yerno de D. Nestor.

—Y aunque nosotros somos autoridades, agregó éste, no por eso tiene esta conversación el carácter de un interrogatorio.

—Está bueno, dijo Angulo, yo..... lo que diga, será porque ustedes me lo preguntan.



—Precisamente, exclamó D. Nestor. Comience usted.

—Pues.... dijo Angulo, desenganchando el tirante de su varilla; pues yo conozco á doña Refugio *dende* hace mucho tiempo, y la verdad, era bonita como una rosa; le decían la niña Refugito, era muy buena y la querían todos mucho y tenía muchos novios; pues.... muchos señores querían casarse con ella, pero la señora doña Refugio, fué desde jovencita, muy orgullosa y no quiso á ninguno y todos salieron corridos de la casa; y yendo días y viniendo días, yo... la verdad me encapriché por una doña Juanita, que cosía en la casa, y una noche.... pero no.... la verdad es que yo no debo decir cosas que deben estar en secreto.

—¡Secreto! exclamó D. Nestor, si del cielo á la tierra no hay nada oculto.

—También tiene usted razón, y al fin que si doña Refugio me supiera á mí algo, no me había de guardar el secreto. Pues como iba diciendo, una noche me dice Juana.—Mira, Angulo; en descargo de mi concien-

cia, debo decirte que el señor que viene todos los días, no sé cómo anda con la niña Refugito, yo no sé qué les veo—¡Anda! le contesté á Juana, ¿cómo quieres que anden, si ya sabes que la niña es incapaz de querer á nadie? —Incapaz ó no, me dijo, ellos platican muy quedito y.... yo sé lo que te digo, Angulo, andan mal.—Pues lo mejor será que observes, le dije; porque nunca es bueno hacerse malos juicios. Así fué, que Juana se puso á observar, y como saben ustedes, una sirvienta que observa es la mejor policía que se conoce, Juana no tardó mucho tiempo en corroborar sus sospechas.

A poco tiempo, me dijo un día la niña Refugito:—Oye, Angulo, te voy á hacer una pregunta.—¿Qué pregunta? le dije.—¿Desde cuándo no te confiesas?—Pues.... le dije, pues la verdad niña, hace mucho tiempo.—Pues eso está malo, me dijo la niña, no tienes la vida comprada, y el día menos pensado, te da un ataque y te coje la muerte en pecado mortal.—Dios ha de querer que no, señorita le dije... además, yo



no peco mortalmente.—La niña se echó á reír y en seguida me predicó un sermón como de dos horas, y entre las cosas que me dijo, fué lo de Juana y que si tomaba aquella providencia, era por mi bien y porque todo lo sabía y que si yo no me quería confesar, que no entraría yo á la casa, y me quitarían el cuarto que me daban, y que iba á tener que sentir; y yo, la verdad, por quitarme de quebraderos de cabeza, me fuí á confesar.

La misma niña Refugio me dijo el padre con quien me había de confesar, y yo le ofrecí obedecerla.

A la mañana siguiente me fuí á ver al padre, que me confesó muy bien y me absolvió y me mandó que lo volviera á ver al día siguiente.

—Oye, hijo mío, me dijo el padrecito, tú sabes lo que vale la honra de las familias, tú sabes que vale más la honra que la vida, y siempre que podamos salvar á uno de nuestros semejantes la honra ó la vida, debe uno comprometerse á salvarlo, y según

lo aconseja y lo practica la caridad cristiana, y quién sabe que otras cosas me dijo que lo exigía.

Todo esto que me decía el padrecito, tenía su explicacion, que al principio no comprendía, pero mas tarde estuve al tanto de cuanto quise saber.

Seguí visitando al padre, hasta que un día volvió á decirme.—Ya sabes, Angulo, lo que vale la honra de una familia, y el deber en que estamos los católicos de ayudarnos en los asuntos en que se trata del honor.

—Sí, padrecito, le contesté.

—Pues bien, ha llegado la hora de prestar nuestros servicios, y tanto tú como yo, vamos á ayudar á una criatura desgraciada á guardar esa joya preciosa del honor.

—Sí, padrecito, le dije: yo haré lo que usted me mande, pero yo no sé hasta ahora de lo que se trata.

—Pues bajo el mas riguroso secreto, vas á obrar según mis instrucciones; serás sordo y mudo y harás al pié de la letra cuanto te mande, debiendo estar seguro de que cuanto



hagas, te lo recibirá Dios en descuento de tus pecados, porque vas á hacer una buena obra.

—Estoy dispuesto á hacerlo, padrecito.

—Pues espera mis órdenes, que ya llegará la ocasión de aprovechar tus deseos cristianos. Esperé como me dijo el padre.... ¡ah! se me olvidaba.—¿Ves este cintillo? me dijo—y me enseñó uno que tenía en el dedo; era de piedras finas, creí que me lo iba á regalar; pero no fué así, sino que me dijo.

—El día que te se presente una persona y te enseñe este anillo, sea la hora que fuere, de día ó de noche, harás lo que te mande, la obedecerás sin replicar, y te portarás en todo con el mayor sigilo y reserva.

Pasaron ocho días, y una noche me dijo un señor á quien no conozco—¿Usted es Angulo?—yo soy, le contesté, y me enseñó el cintillo.—Sígame usted, me dijo: y yo lo seguí.—Anduvimos muchas calles, todo estaba solo porque eran como las once.—Toque usted ahí, me dijo, señalándome una puerta.—Toqué, no contestaron.—Vuelva

usted á tocar,—volví á tocar, por fin contestaron, se acercó el desconocido, se abrió la puerta, salió un cochero, después se cerró la puerta y el desconocido me dijo; de aquí ha de salir un coche, monta usted en él y va á tal calie (me dijo el nombre) y entrega usted este papel al médico (me dió una carta) lo espera usted, el médico ha de bajar, subirá al coche y usted al pescante: usted va para cuidar al médico, llegarán á un lugar á donde bajará el médico; espera usted aún y desde ese momento no hará usted más que lo que el médico le ordene.

—Está bien, dije yo, vamos á ver en qué para todo esto: el desconocido se fué y yo me quedé esperando el coche como media hora: se abrió la cochera, salió el coche y yo entré en él: el cochero me llevó á la casa del médico, bajé, toqué, dí la carta y esperé mucho tiempo: bajó el médico, subió al coche, y yo al pescante, anduvimos, y cerca de una acequia se paró el coche; le abrí al médico y éste salió envuelto en su capa



hasta los ojos, habló en secreto al cochero y desapareció.

Entonces el cochero me dijo:

—Dice el patrón que le deje á usted en donde usted me diga.

—Entonces aquí me quedo, le contesté.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

El coche se fué y yo me quedé allí para ver qué columbraba. El médico tocó muy quedo en una puertecita y le abrieron; después nada se vió, y yo me quedé pensando si aquella sería la buena obra que tanto me había recomendado el padrecito; y yo decía, todo esto que yo he hecho, bien puede ser una obra muy buena; pero yo no la entiendo, ni me puedo figurar qué de común tendrá el del anillo con el cochero, ni éste con el médico, ni yo con los tres: de todos modos, es una manera muy rara de hacer buenas obras, que por lo visto tienen todas las trazas de malas, al menos por lo misteriosas.

Me esperé inútilmente por mucho tiem-

po, y al fin me decidí á volverme á la casa; pero la hora era inoportuna, temí llamar la atención tocando tan tarde, y me decidí á pasar la noche en la casa de un compadre.

Al día siguiente entré á la casa, y como no pude resistir á la comezón de averiguar lo que pasaba, le conté á Juana lo que me había pasado, y entonces Juana me dijo:

—Algo está sucediendo que yo tampoco entiendo.

—¿Por qué?

--Porque la niña Refugio se ha ido.

—¿A dónde?

—Eso es lo que yo no sé; la cocinera dice que á Pachuca, y el amo que á Puebla, y la cocinera, que es tan maliciosa, dice que no se ha ido á ninguna parte.

—¿Pero no está en la casa?

—Dicen que no está, pero yo no la he visto salir.

—Juana y yo estuvimos hablando de estas cosas mucho tiempo, sin poder averiguar lo que pasaba.



—¿Pero al fin lo averiguó usted? preguntó impaciente don Nestor.

—Sí, señor; contestó Angulo, yo no sé si habré dado en ello; pero el cochero que me llevó la noche de los misterios, fué después amigo mío, y platicando un día de lo que había pasado, me dijo: que á la noche siguiente á aquélla en que nos habíamos conocido, había llevado al médico, primero á la casa donde lo había dejado la víspera y después á una casa de la calle de la Merced.

—¿Y qué fueron á hacer allí? preguntó D. Nestor.

—Pues yo no sé, dijo Angulo rascándose detrás de la oreja, pero en esa casa hay un torno, y en ese torno se suelen poner niños.

—¡La casa de la cuna! exclamaron casi en coro todas las autoridades.

—Yo creo que sí, dijo Angulo.

—Con que.....

—¡Con que la casa de la cuna!

—Eso dicen.

—¿Y la niña Refugio?

—Volvió muy desmejorada del tempera-

mento, y todos decían que era por el agua.

Las autoridades se vieron unas á otras y dijeron:

—Parece increíble.

—Yo nada aseguro, dijo Angulo, yo digo lo que ví, sin que eso quiera decir que le quito el crédito á la señora doña Refugio.

La noticia de que el almuerzo estaba servido, disolvió aquel grupo; y Angulo, volviendo á enganchar la correa de su varilla, se despidió de las autoridades con la mayor naturalidad, y tomó la puerta.

